

11-5-2018

CONCURSO DE RELATOS

Recuerdos

Tomás Gamero García

Pífanos

Recuerdos

Veníamos de vivir en un piso amplio en una localidad grande, así que cuando vi la casa me pareció bastante fea y antigua. No me gustó.

Llegamos a mediodía. Hacía mucho calor. El tren nos había dejado en una estación también fea y antigua. Esa fue mi primera impresión. Con el tiempo reconocí mi error. No era para tanto. Era mi estado de ánimo. Ahora recuerdo el camino como una bonita carretera flanqueada por álamos y plátanos con esas bolitas de picapica que usábamos para fastidiar y ver cómo se rascaba a quien tocaba. Olía bien.

Mi madre nos había dicho a mi hermana y a mí que la casa era provisional. Que encontraría otra mejor. Estaríamos allí hasta que nos llamaran para ingresar en el colegio. Mi hermana en uno de chicas y yo, de chicos, de huérfanos de militares. Íbamos a estar muy bien. A mí me harían un hombre de provecho y a mi hermana una mujercita de su casa. Así, en este orden y con estos argumentos,

Nos instalamos enseguida. Lo poco que teníamos cabía en dos maletas: ropa y algunas fotos familiares.

La habitación era alquilada con derecho a cocina. Grande. Una cama de matrimonio y otra individual. La primera para mi madre y mi hermana, la pequeña para mí. Mejor. Dormiría solo.

Cenamos pan y queso. La mujer que nos había alquilado la habitación nos trajo agua. Estábamos cansados y nos acostamos pronto.

Ya en la cama pensaba en mi nueva vida. Intentaría pasar el verano lo mejor posible. Después vendrían el internado y los estudios. Iba a estar mucho tiempo sin ver a mi madre y mi hermana, Eso me entristeció. Rezando me dormí.

Al día siguiente después de desayunar sopas de leche bajé a la calle. La casa ya no me pareció tan vieja, incluso tenía su encanto. Viviendas en torno a un patio grande y cuadrado.

—¿Dónde vives?

—En el «patio cuadrao».

Allí se hacía la vida. Una fuente grande en el centro, para llenar de agua cántaros que servían para el servicio de las casas. Artesas y tablas para lavar la ropa. Cuerdas a los lados para tenderla y que luego una horquilla levantaba para que no rozara el suelo. Se hablaba, se reía. Se

Recuerdos

cuchicheaba y analizaba la vida del vecindario. Alguna trifulca por diferentes puntos de vista, pero mucha ayuda cuando se necesitaba. Barreños para calentar el agua al sol y luego bañar a los más pequeños tal como vinieron al mundo. Perros y gatos retozando corriendo detrás de alguna mariposa. Pájaros compitiendo por el mejor trino. Se respiraba tranquilidad.

Ya en la calle y, por un momento, anduve un poco desorientado. No había nadie. Un pequeño riachuelo —la cacera— separaba las casas de un gran descampado. ¡Qué bien se jugará aquí al fútbol!

Y, como por encanto, aparecieron un grupo de chicos con una pelota. ¡Qué alegría!

—¿Puedo jugar?

—Sí. Necesitamos uno más.

—¿De qué?

—De portero o defensa.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús. Soy nuevo en el barrio.

El partido estuvo muy igualado. Empatamos y no hubo riñas de quién era el mejor. Me extrañó y me alegró a la vez. Estos lances, a veces, acababan en pequeñas peleas sin importancia, por un gol o un fuera de banda. Al día siguiente como si no hubiera pasado nada.

Se fueron todos menos uno —Antonio me dijo que se llamaba.

—¿Quedamos para mañana?

—¡Pues claro!

Con un bocadillo en la mano, Antonio y yo nos juntamos y empezamos a descubrir cosas alrededor de la casa. Vivíamos muy cerquita, así que con «una voz» bajábamos enseguida.

Era muy divertido. A los dos nos gustaba la calle y el aire libre. Nos compenetrábamos muy bien.

Enfrente había un edificio muy grande. Era el Palacio Real. Una gran explanada nos daba la bienvenida. Alrededor búnivos de piedra preparados para subir y bajar rápidos. Allí instalaron un circo para rodar una

Recuerdos

película: «El mayor espectáculo del mundo». Se quemó y se armó un gran revuelo. Esa noche no dormimos nadie

Había una puerta destartalada, que, con un pequeño empujón, abríamos y nos metíamos dentro. Nunca tocamos ni nos llevamos nada. Nos limitábamos a recorrer las enormes estancias llenas de cosas que ni sabíamos apreciar. Muebles, cuadros, lámparas, tapices con escenas bellísimas. Jugábamos al escondite cuando nos juntábamos con los del fútbol. Ya en la calle, a tula, a churro, al truque. Benditos juegos que animaron nuestra infancia.

El río, aún en verano, traía mucha agua. Lo habían desviado dentro de los jardines del palacio —la ría la llamaban—. Allí nos bañábamos sin miedo a los grandes agujeros con corriente incluida, que podían engullirte y no dejarte salir. Y pescábamos peces, con una rudimentaria caña que el padre de Antonio le había hecho. Y cogíamos ranas y ¡sapos! Si mi madre se hubiera enterado de nuestras andanzas seguro que más de un zapatillazo habría caído. Por suerte, nunca lo supo.

Nos adentrábamos en los inmensos jardines. Grandes paseos flanqueados por todo tipo de vegetación. Árboles de distintos tamaños, de otros lugares. Setos con formas originales. Flores de colores variados. Quioscos que, en su tiempo, habrían acogido conciertos de orquestas famosas. Estanques con peces y patos que hacían las delicias de los visitantes. Todo era grandioso y a la vez precioso y hermosísimo.

Pero nuestro interés era subirnos a los árboles y coger pajaritos que llevábamos a casa y que mi madre, aprovechando la siesta, volvía a darles suelta.

La siesta. Sagrada siesta. Mi madre tiraba una manta en el suelo y, ella en medio y nosotros a cada lado. ¡Ni moverse! Alguna vez, cuando ella se dormía yo aprovechaba y me bajaba por el balcón. Ya en la calle aparecía Antonio que había hecho lo mismo en su casa y emprendíamos otra aventura.

En agosto ponían la feria en el descampado de los partidos de fútbol. Lo pasábamos en grande subiendo en los cachivaches. La Noria, La Ola, El tren de la Bruja. Las Barcas. El látigo. En el tiro a pichón ganábamos algún peluche que regalábamos a las chicas de la pandilla, previo cándido beso. Y comer altramuces —chochitos les llamaban—. «Dos reales

Recuerdos

de chochitos». Pastillas de leche de burra, caramelos. Comprábamos las golosinas con algún dinerillo que nos daban las vecinas. La tarde se iba de maravilla.

Aprendí a montar en bicicleta. Antonio tenía. Previo pago de chucherías, me la dejaba. Después de algunos mamporros y pequeñas heridas, conseguí guardar el equilibrio. Nos íbamos a la cuesta de la Reina y la bajábamos a toda velocidad. Mi madre tampoco se enteró. Para ella, las heridas eran de ramas sueltas.

Y los melones —de mayor quiero ser melonero—. Montaban un puesto con unas lonas grandes partidas en dos. Una para el negocio y otra para dormir. Así vigilaban las mercancías —¡yo quiero dormir con ellos!—. Casi lo consigo. Tenían una hija —María— que se hizo muy amiga nuestra. Intentamos convencerla de pasar la noche con ellos, pero mi madre dijo que no. Lo más que conseguimos fue que nos regalaran medio melón a cada uno. ¡Nos supo a gloria!

Un día estábamos la pandilla jugando a la bombilla. Nos llamó la atención los ladridos lastimosos de un perrillo que se había caído a la cacería y no podía salir. En un momento se hizo una cadena y entre todos lo sacamos sano y salvo. Acabamos llenos de cieno y con la consiguiente regañina en casa. El animalito se lo quedó una señora que vivía en un castillo que había a pocos pasos del «patio cuadrao». Tenían caballos y, a veces, íbamos a ver al perro y nos dejaban montar. ¡Qué jolgorio! y ¡qué cara de envidia de la gente al vernos pasar! Después nos daban agua fresquita con litines.

Poco a poco el verano se acababa. Los días se tornaban melancólicos y con un no sé qué en la barriga que me entristecía. Ya sabía que en octubre ingresaría en el colegio. Mi madre se empeñaba en prepararme el cabás, una especie de maleta pequeñita en la que iba metiendo las cosas de aseo y las mudas. Lo demás te lo daban allí.

No quería ir al colegio. Las situaciones que no conocía me creaban inseguridad. A la postre era un niño que no quería separarse de su madre y ahora estaría una buena temporada sin verla. Me sentía vulnerable y solo. Tampoco podía rebelarme. Mi madre tenía razón. Era lo mejor para mí. Con su pequeña paga, no podía tenernos a los dos en casa. Con mucho sacrificio nos sacaría de vacaciones, si podía.

Recuerdos

—No tienes padre. Ahora ellos, los compañeros de tu padre que crearon estos colegios para vosotros son tus padres. Tu padre quería lo mejor para ti. Ellos también lo querrán. No me defraudes ni les defraudes. Pórtate bien, estudia y haz caso a todo lo que te digan.

Con los años reconozco que el internado ha sido de las cosas más importantes de mi vida. Lo fue todo y me enseñó a ser un hombre de provecho. Frase que mi madre, todas las madres son sabias, me dijo que sería, si hacía caso de sus consejos.

Y lo conseguí. Ser alguien en la vida.